

MEMORIA*

Ruy Mauro Marini**

Este texto fue escrito para responder a una exigencia académica de la Universidad de Brasilia. Su objetivo es el de dar cuenta de mi vida intelectual y profesional, razón por la cual las referencias personales o políticas aquí incluidas tienen el propósito de mera contextualización. En ningún momento pensé en la posibilidad de su publicación y limité su circulación a personas para quienes el trabajo puede, a mi modo de ver, presentar algún interés, esencialmente, familiares y amigos más cercanos, así como estudiantes que manifestaron especial curiosidad respecto a mi trabajo.

El inicio

Nací en 1932. Por mi origen, soy un producto de las tendencias profundas que determinaron el surgimiento del Brasil moderno que emergió en aquella década. Mi padre era el primer hijo de un sastre artesano de Génova y de una campesina de la Calabria, que ya lo trajeron concebido al emigrar para Brasil, en 1888; mi madre, hija más joven de una tradicional familia de latifundistas del Estado de Minas Gerais, aún niña se cambió, con mi abuelo, de su hacienda cerca de Livramento para Barbacena, luego de la quiebra que sufrió con la abolición de la esclavitud, y ahí asistió a la dilapidación de los restos de su fortuna, en comidas y cenas que reunían habitualmente no menos de 20 personas. Profesor de matemáticas en la escuela agrícola local, mi padre, después del matrimonio y estimulado por la energía de mi madre, ascendió socialmente, licenciándose en Derecho e ingresando, mediante concurso público, a la casta de los entonces llamados "príncipes de la República" -los inspectores de impuesto de consumo. Liberal en su juventud, se adaptó _aunque más por lazos personales y familiares- al clan local vinculado al Estado Nuevo y, más tarde, al PSD. La imagen que dejó fue la de un hombre sencillo, severo y sorprendentemente honesto, si se consideran las tentaciones a las que por su cargo estaba expuesto.

Me trasladé a Río de Janeiro, en 1950, para prepararme para el examen de admisión en la Escuela de Medicina, después de haber recibido una buena formación que la educación pública proporcionaba, principalmente en el terreno humanístico -en siete años de educación básica en el Colegio Estatal de Barbacena, estudié cuatro de latín y siete de portugués, inclusive dos años dedicados a la literatura brasileña y portuguesa, y aprendí a leer inglés, francés y español, además de obtener una buena base en matemáticas, historia y geografía, y conocimientos un tanto anticuados (como descubriría después) en física, química y biología.

El viaje a Río de Janeiro cambió mis planes. Aunque, en el curso preparatorio para el ingreso en la Escuela de Medicina, yo me actualizaba en ciencias físicas y naturales, éstas no eran mi fuerte y comparadas con las atracciones que la ciudad me ofrecía en materia de cine, teatro, playas y bohemia salían perdiendo. La experiencia de un empleo provisional -como trabajador eventual en el Censo Demográfico de aquel año— me hizo sentir el gusto por la independencia y, cuando dejé los estudios, me llevó a ocupar cargos menores, sucesivamente, en la Central del Brasil, en el Ministerio de Aeronáutica y en el Instituto de Jubilación y Pensiones de los Empleados de la Industria (IAPI, por sus siglas en portugués) donde, habiendo ingresado también por concurso, terminé quedándome.

Traducciones, en general del inglés, de materias para periódicos y agencias de noticias o de tiras cómicas, revisión de galeras, etc., permitían que, sin grandes aprietos económicos, me entregara a mi mayor pasión, los libros. Además de la experiencia de vida que adquirí, lejos de la casa paterna y del círculo de amigos de infancia, en aquellos años pude dedicarme a completar mi formación, principalmente en literatura, poesía y teatro, historia y filosofía. Sólo en 1953 volvería a preocuparme por mi formación escolar. Pero la vocación a las ciencias humanas no tenía, entonces, opciones fáciles. La enseñanza de economía apenas se iniciaba y se confundía mucho _tradicón con la cual, en Brasil, nunca llegamos a romper totalmente- con la de contabilidad. La Facultad de Filosofía no abría más horizonte que el de ser profesor de enseñanza media. El gran centro de formación humanística, en el Río de aquella época, continuaba siendo la Facultad Nacional de Derecho de la Universidad del Brasil. Fue hacia ahí donde me dirigí.

De los cursos de los que no olvido se pueden mencionar las clases brillantes de Hermes Lima, así como las de Pedro Calmon -estas últimas, menos sustantivas— y las exposiciones fascinantes, aunque oscuras y algo confusas, de un profesor de cuyo nombre no me recuerdo, que sustituía a Leónidas de Rezende en la cátedra de Economía Política. Yo era alumno del curso nocturno, el más politizado y al cual concurrían personas más maduras, muchas ya exitosas en su profesión, y fue con mis colegas con los que más aprendí. Fue particularmente en el Centro Académico Cândido de Oliveira (CACO), que era el corazón de la Facultad y máxima expresión del movimiento estudiantil de la década de 1950, donde las ideas e inclinaciones asumían un perfil más sobresaliente y se enfrentaban con determinación. Ese movimiento estudiantil hacía el supremo esfuerzo de -superando la ideología meramente democrática de la década anterior- forjar un proyecto de país, al calor de las campañas nacionalistas y desarrollistas.

A pesar de la distancia que yo guardaba de ellos -irritado, como todos los independientes de izquierda, con su práctica instrumentalista y prepotente— debe hacerse justicia a los comunistas que ahí militaban (bajo la dirección de un joven que se llamaba nada menos que ¡Lenin!), quienes, sin importar cuan minoritarios y sectarios fueran, mucho me enseñaron sobre el Brasil y sobre el mundo. Pero era el estudio de las ciencias humanas el que me interesaba y la Nacional de Derecho no podía dar más de lo que me estaba dando. Fue cuando la Fundación Getulio Vargas, con el apoyo de la OEA, decidió -después de haber llevado a cabo con un grupo experimental- dar un gran paso en la implementación de la Escuela Brasileña de Administración Pública (EPAB), abriendo exámenes de ingreso, en todo el país, para jóvenes que estuvieran dispuestos a darle tiempo integral, los cuales recibirían una beca de estudios. La propia EBAP ofrecía, en Río de Janeiro, un propedéutico que cursé y que me ayudó a aprobar los exámenes en primer lugar, lo que me garantizó la beca. Una palanca me permitió obtener un permiso con goce de sueldo del IAPI para asistir al curso, que fue considerado como "de interés del servicio". Se abría una nueva época en mi formación.

Nueva época en todos los sentidos. Ante el clima intelectual tradicionalista y enrarecido que privaba en la Universidad de entonces, la EBAP abría un amplio espacio a las ciencias sociales y reclutaba su cuerpo docente entre la intelectualidad más joven, que la universidad mandarinesca excluía, o en el exterior. Figura sobresaliente era Alberto Guerreiro Ramos, profesor de Sociología, crítico irreverente de todo lo que oliera a oficialismo, ecléctico incorregible, abierto a las nuevas ideas que se originaban de

Bandung y de la CEPAL; su influencia sobre mí, en aquellos años, fue absoluta. Diferente, pero también decisiva, fue la influencia que ejerció Julien Chacel, profesor de Economía, riguroso, ortodoxo, cuya timidez rayaba a la agresión y que recién llegaba de Francia para iniciar una carrera académica irreprochable. A François Gazier, quien sería el primer director del futuro Instituto de Estudios de Desarrollo Económico y Social (IEDES), de París, y que fue catedrático de Ciencias Políticas, además de sus clases siempre exactas y bien fundamentadas, debo mi iniciación en las reglas del método de análisis y exposición, el producto más genuino del genio francés. Entre muchos otros nombres a mencionar, es justo registrar los de Marcos Almir Madeira, gracias a quien conocí los cursos y los tesis de la Academia Brasileña de Letras; Marialice Pessoa, quien, en un portugués americanizado, buscaba transmitirnos su fe inquebrantable en Boas, Linton y Herskovitz; Mario Faustino, siempre efervescente de vida, malicia e ironía; José Rodrigues de Senna, figura humana admirable, y, *last but not the least*, Benedito Silva, director de la Escuela, cuya dedicación al generoso proyecto que ella representaba no fue por mí cabalmente comprendida, en aquel entonces.

La EBAP me dio lo que venía buscando, es decir, la posibilidad de iniciarme seriamente en el estudio de las ciencias sociales; en el segundo año del curso, empecé a dar clases como profesor asistente de Guerreiro Ramos, en su curso de sociología, en la Escuela de Servicio Público del Departamento Administrativo del Servicio Público (DASP). No significa que el diploma de administrador que ella me daría tuviera, para mí, alguna importancia y, antes de concluir el curso, yo ya me preocupaba como podría seguir adelante. La orientación y el apoyo personal de Guerreiro Ramos me encaminaron para Francia, de cuyo gobierno obtuve una beca de estudios, sustentado en mi petición por Gazier y por Michel Debrun, quien lo sustituyera. Empecé el viaje en septiembre de 1958, para estudiar en el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de París, el famoso SciencesPo. Pero no sin antes hacer una interesante experiencia en investigación, gracias a José Rodrigues de Senna, que _como jefe, en ese entonces, del sector de investigaciones de la Petrobrás—me dio la oportunidad de realizar, en el norte y nordeste del Brasil, la investigación nacional que él dirigía sobre las condiciones de vida de los trabajadores de la empresa.

Los dos años pasados en Francia completaron, prácticamente, mi formación. Además de que me permitieron conocer otros países durante las vacaciones -Alemania, Italia, Inglaterra, Suiza- así como provincias de Francia, me llevaron a redondear mi cultura artística y literaria y a entrar en contacto directo, como alumno, con las figuras más notables de las ciencias sociales francesas de la época, en SciencesPo (Jean Meynaud, Maurice Duverger, Georges Balandier, René Rémond, François Duroselle, Pierre Laroque, René Dumont, André Sigfried, entre otros) y en la Sorbonne, IEDES y el Collège de France (Georges Gurvitch, Charles Bettelheim, Maurice Merleau-Ponty). Gracias al impulso dado por Jean Baby y André Amar, pude realizar, por primera vez, la lectura de Hegel y el estudio sistemático de la obra de Marx y profundizar en el estudio de los autores marxistas, Lenin principalmente. En esos dos años pude convivir con el mundo estudiantil y cosmopolita de París, y de ahí nacieron amistades enriquecedoras con argelinos, peruanos, estadounidenses, mexicanos, daneses, marroquíes, alemanes y, naturalmente, brasileños y franceses.

El período que pasé en Francia coincidió con el auge de la teoría desarrollista en América Latina y en Brasil _con la cual ya me había familiarizado en la EBAP, gracias a Guerreiro Ramos, habiendo inclusive asistido de cerca el proceso de formación del

ISEB (y, antes, del IBESP)— y con su difusión en la academia francesa, con Balandier como pontífice. Al mismo tiempo, ese era el momento en que la descolonización era vivida dramáticamente por Francia, a través de la derrota en Indochina y la radicalización de la guerra de Argelia, provocando rupturas al interior de los grupos políticos e intelectuales -fenómeno que acompañé con vivo interés, más aún que, en mi medio, convivía con jóvenes militantes argelinos, camboyanos y vietnamitas, además de los que provenían de las colonias del Africa negra. Las teorías del desarrollo, en boga en Estados Unidos y en los centros europeos, se me revelaron, entonces, como lo que realmente eran: instrumento de mistificación y domesticación de los pueblos oprimidos del Tercer Mundo y arma con la cual el imperialismo buscaba enfrentarse a los problemas creados en la posguerra por la descolonización. Comenzaba, entonces, mi alejamiento con respecto a la CEPAL, fuertemente influenciado, además, por mi creciente aproximación al marxismo.

Eso me llevó, aún en Francia, a tomar contacto con el grupo que editaba, en Brasil, la revista Movimiento Socialista, órgano de la juventud del Partido Socialista (que publicó mi artículo donde ajustaba cuentas con el nacional-desarrollismo), en particular con Eric Sachs, con quien vendría a establecer, a mi regreso, una grande amistad y cuya experiencia y cultura política me influyeron fuertemente. Ese grupo, con sus principales vertientes en Río de Janeiro, São Paulo y Belo Horizonte, constituiría, más tarde, la Organización Revolucionaria Marxista - Política Obrera (POLOP por sus siglas en portugués), primera expresión en Brasil de la izquierda revolucionaria que emergía en toda América Latina. Debo observar que el interés que la Revolución cubana despertó en Francia, dando lugar a una intensa cobertura de la prensa y a la publicación de libros significativos, como el de Sartre, era mucho mayor que el que se verificaba en Brasil _hecho que constaté con sorpresa, al regresar. Esa situación sólo se modificó después del intento de invasión estadounidense y de la consecuente posición cubana en favor del marxismo y de la URSS. La gestación de la izquierda revolucionaria brasileña y latinoamericana -particularmente en la Argentina, Perú, Venezuela y Nicaragua- no es, como se pretende, efecto de la Revolución cubana, sino parte del mismo proceso que la originó -independientemente de que, en los años 60, ésta pase a ejercer una fuerte influencia.

A mediados de 1960, regresé a Brasil y reasumí mi cargo en el IAPI, pasando a trabajar en el sector de organización y métodos de la Dirección de Personal que, bajo la dirección de José Rodrigues de Senna, se dedicaba entonces a la mecanización del archivo de personal. A pesar de ser considerada como una función gratificada, el salario no era alto y me obligó a buscar otros ingresos. A partir de septiembre, pasé a ser el corresponsal del turno nocturno en la agencia cubana de noticias Prensa Latina, dirigida por Aroldo Wall, de quien me hice amigo, y ahí permanecí un año. Fue en esa condición que acompañé -trabajando, a veces, hasta la madrugada- el gobierno de Janio Quadros, la crisis de su renuncia y la primera fase del gobierno de João Goulart, "Jango". Por otra parte, llevado por Aluizio Leite Filho, me había vinculado, desde mi regreso, al grupo de la Unión Metropolitana de Estudiantes que publicaba *O Metropolitano*, como encarte dominical de *O Diário de Notícias*, con total independencia, y que contaba, entre sus cuadros más brillantes, con César Guimarães, Carlos Diegues, Silvio Gomes, Rubem César Fernandes, Carlos Estevam Martins. Juntos, hicimos un periódico estudiantil que hizo época, por su estilo vibrante, la novedad de los temas, el enfoque directo (inclusive en el campo de la política nacional e internacional) y hasta por su presentación gráfica, que influenciaría el proceso de renovación de la gran prensa, que tuvo lugar más tarde.

En Prensa Latina y en *O Metropolitano* hice mi aprendizaje periodístico, tornando efectiva una de las facetas de mi vocación intelectual que continuaría desarrollando en el futuro. Como registro, debo recordar que, en uno de mis raros trabajos de reportaje, cubrí, para Prensa Latina, el Congreso Nacional de Campesinos, realizado en Belo Horizonte en 1961, e hice pública, a través de *O Metropolitano*, la lucha sorda que se trababa entre el Partido Comunista Brasileño (PCB) y las Ligas Campesinas de Francisco Julião _uno de los puntos fuertes del trabajo de masas de la izquierda revolucionaria. Esa materia, además de sorprender por la novedad, al sacar a la luz asuntos de la izquierda (que, con excepción de su propia prensa, eran tabú en los grandes medios de comunicación), favoreció el desarrollo de la lucha ideológica y política entonces en curso, al tornarla explícita.

En abril de 1962, se creó la Universidad de Brasilia (UnB), bajo la dirección entusiasta de Darcy Ribeiro, cercado por figuras notables, como Anísio Teixeira, Oscar Niemeyer, Claudio Santoro, y una pléyade de jóvenes intelectuales recién egresados, como Theotonio dos Santos, Vania Bambirra, Theodoro Lamounier, Carlos Callou, Luiz Fernando Victor, Levi Santos, José Paulo Sepúlveda Pertence. Rompiendo con el inmovilismo y el hábito mandarinesco de la Universidad tradicional, la UnB presentó una novedad en su concepción jurídica, constituyéndose como una fundación, lo que ampliaba su independencia con respecto al Estado, y adoptando el régimen laboral de las leyes laborales, con lo que buscaba evitar la burocratización del cuerpo docente; en su concepción orgánica, basada en departamentos e institutos, en vez de cátedras y facultades propias de la Universidad tradicional; en su concepción pedagógica, que privilegiaba el trabajo docente en equipo, a través de clases mayores y menores, la relación enseñanza-investigación, el impulso a los cursos libres, debates y seminarios y la apertura de cursos de posgrado; en su concepción de investigación, que valorizaba el entorno regional, y en su concepción de la relación universidad-sociedad, que la llevaba a abrirse al exterior, promoviendo cursos de extensión e, inclusive, de formación profesional y capacitación sindical.

Integrándome en la UnB en septiembre de 1962, como auxiliar de enseñanza -en 1963, pasaría a ser profesor asistente— tuve entonces una de las experiencias más ricas de mi vida académica, sea como docente, impartiendo clases de Introducción a la Ciencia Política y Teoría Política, en el nivel de graduación con Victor Nunes Leal, Lincoln Ribeiro y Theotonio dos Santos, y codirigiendo el seminario de posgrado sobre Ideología Brasileña; sea como estudiante, preparando mi tesis de doctorado sobre el bonapartismo en Brasil (cuyo texto y materiales se perderían en 1964, durante la primera invasión de la Universidad por el ejército); sea participando en las actividades diversas que la Universidad promovía, tanto internamente como en la extensión; sea, finalmente, conviviendo con los colegas mencionados, además de otros -como André Gunder Frank, que llegó en 1963. Debo señalar que, aunque ya tuviera un pensamiento inquieto y original, formado al calor de su contacto con Paul Baran, Paul Sweezy, Harry Huberman, en *Monthly Review*, fue entonces que Frank -absorbiendo los nuevos elementos teóricos que surgían en el seno de la izquierda revolucionaria brasileña -maduró las tesis que expondría, de manera provocativa y audaz, en *su Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, publicado en 1967, libro que representa un marco de lo que vendría a llamarse "teoría de la dependencia".

En realidad, y contrariando interpretaciones generalmente admitidas que ven la teoría de la dependencia como un subproducto y alternativa académica a la teoría desarrollista de

la CEPAL, ella tiene sus raíces en las concepciones que la nueva izquierda - particularmente en Brasil, aunque su desarrollo político fuera mayor en Cuba, Venezuela y Perú- elaboró para hacer frente a la ideología de los partidos comunistas. La CEPAL sólo se convirtió en blanco en la medida en que los comunistas, que se habían dedicado más a la historia que a la economía y a la sociología, empezaron a apoyarse en las tesis cepalinas del deterioro de las relaciones de cambio, del dualismo estructural y de la viabilidad del desarrollo capitalista autónomo, para sostener el principio de la revolución democrático-burguesa, antiimperialista y antifeudal, que ellos habían heredado de la Tercera Internacional. Contraponiéndose a eso, la nueva izquierda caracterizaba la revolución como, simultáneamente, antiimperialista y socialista, rechazando la idea del predominio de relaciones feudales en el campo y negando a la burguesía latinoamericana capacidad para dirigir la lucha antiimperialista. Fue en el Brasil de la primera mitad de la década de 1960 que esa confrontación ideológica asumió un perfil más definido y que surgieron proposiciones suficientemente significativas para abrir camino a una elaboración teórica, capaz de enfrentar y, a su tiempo, derrotar la ideología cepalina -no siendo, pues, motivo de sorpresa el papel destacado que en ese proceso desempeñaron intelectuales brasileños o vinculados, de alguna forma, con Brasil.

En el nivel teórico, eso sólo vendría a dar todos sus frutos después del golpe militar de 1964, cuando, limitada en su militancia, la joven intelectualidad brasileña encontraría tiempo y condiciones para dedicarse plenamente al trabajo académico y se vería, de hecho, convocada a eso por la situación que se pasó a vivir en toda América Latina, asolada por la contra-revolución. A principios de la década, la teorización aún se encontraba estrechamente vinculada con el combate político y los éxitos o fracasos se medían a través de indicadores muy concretos. En el caso de la UnB, es importante destacar que la izquierda revolucionaria se constituyó en una fuerza principal del naciente movimiento estudiantil de Brasilia bajo la hegemonía de la Federación de Estudiantes que se creó _hecho inédito en Brasil y en América Latina— a partir de un significativo movimiento docente, que deflagró, en 1963, la primera huelga de profesores universitarios de que tenemos noticia, la cual culminó con la formación de una pionera Asociación de Profesores, en cuya dirección la nueva izquierda era absolutamente mayoritaria. Sería un error pensar que ella quedó restringida a la universidad: la nueva izquierda se vinculó con el sindicalismo militar entonces ascendente, principalmente con el movimiento de los sargentos y con el propio movimiento obrero que se constituía en Brasilia, a tal punto que, en el I Congreso Sindical de Brasilia, en 1963, estuvo en condiciones de vencer el PCB, perdiendo por escaso margen.

Mi estancia en Brasilia fue cortada bruscamente por el golpe de 1964. En aquel momento yo estaba en Río, -sabiendo que cesado, conjuntamente con otros doce profesores, en la primera medida tomada por la dictadura contra la Universidad. Después de evitar caer en prisión en mayo, caí finalmente, en julio, en manos del Centro de Información de la Marina (CENIMAR). En septiembre, beneficiado por el *habeas corpus* del Supremo Tribunal Federal (STF) (mismo que la Justicia militar negara, anteriormente), fui secuestrado por la Marina y entregado al Ejército, en Brasilia, debido a otro proceso que se había abierto allí. Repetí el itinerario Justicia militar-STF y obtuve, en diciembre, un nuevo *habeas corpus* que, esta vez fue respetado. Aunque por poco tiempo: si no hubiera salido de la ciudad, discretamente, horas después de mi liberación, habría sido arrestado de nuevo. Después de un período de clandestinidad de

casi tres meses, cuando la presión policíaco-militar sobre mis compañeros y mi familia se incrementó, a punto de obligar a uno de mis hermanos a entrar también a la clandestinidad, pedí asilo en la Embajada de México, en Río de Janeiro, y viajé para ese país un mes después.

El primer exilio

No conocía a nadie ahí. Pero, en el aeropuerto, me esperaban el reducido grupo de asilados que vivía en el país -cerca de veinte— lo que me proporcionó, así como las autoridades mexicanas, una acogida reconfortante. Entre los muchos amigos que hice -además de Maria Ceales, combativa militante de las Ligas Campesinas, con quien compartiera el asilo en la Embajada— me acuerdo, con especial cariño, de Carlos Taylor, comunista histórico, hombre de gran corazón y de carácter recto, quien fuera presidente de la Unión Nacional de los Servidores Públicos en Brasil y que, después de buenos servicios prestados a México, ahí vino a fallecer a Brasil en 1978; Álvaro Faria, cuya edad relativamente avanzada en nada disminuyera su entusiasmo por la filosofía y por la política y gracias a quien hice amistad con Rodolfo Puiggrós, exiliado en México hace muchos años y que impartía, en la Escuela de Economía de la UNAM, el único curso de marxismo de aquella universidad, y Claudio Colombani, estudiante de ingeniería de São Paulo, quien me hizo entender cuán grande era entre la juventud del PCB la revuelta contra el reformismo y el acomodamiento de su dirección. Reencontré, también, a Andre Gunder Frank, entonces profesor en la UNAM, quien me facilitó los primeros contactos con intelectuales y militantes políticos mexicanos.

A los quince días de mi llegada y después de sufrir una decepción -Pablo González Casanova, uno de los pocos intelectuales que conocía de nombre y que me recibió con cariño y solidaridad, dejó la dirección de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, de la UNAM, y fue sustituido por Enrique González Pedrera, que simplemente no me recibió- obtuve, a través de Mario Ojeda Gómez, entonces director del Centro de Estudios Internacionales (CEI) de El Colegio de México -quien, además de cálidamente solidario, era un entusiasta de Brasil- un lugar en la Institución. Entre los colegas de quienes guardo mejores recuerdos, en esos primeros tiempos del Colegio, están, además del propio Ojeda, Olga Pellicer de Brody, antigua compañera de SciencesPo; Rafael Segovia, cuyo escepticismo e ironía incitaban al rigor; Víctor Urquidi, desarrollista ilustre, pero capaz de respetar el derecho de opinión; Roque González Salazar, hombre inteligente y lleno de alegría de vivir; y, principalmente, José Thiago Cintra, a quien conociera superficialmente en Brasil y que cursaba un posgrado en estudios orientales, y quien terminó por llegar a ser uno de mis amigos más queridos.

La primera tarea que realicé fue escribir un artículo para la acreditada revista del CEI, Foro Internacional, sobre los acontecimientos recientes en Brasil. Las interpretaciones de entonces sobre el golpe de 1964, además de considerarlo un simple cuartelazo, lo presentaban esencialmente como resultado de la intervención estadounidense, un cuerpo extraño, de cierto modo -o, como dijera Leonel Brizola, un rayo en el cielo azul— a la lógica interna de la vida brasileña. Mi punto de vista era radicalmente opuesto: la acción de los Estados Unidos en Brasil no se podía entender como ajena a la realidad nacional, sino como un elemento constitutivo y sólo pudo tornarse efectiva (y, por lo tanto, sólo explicable) a la luz de la lucha de clases en el país, que fincaba sus raíces en la economía y determinaba el juego político -y de la cual las Fuerzas Armadas eran parte plena. Con base en la poca información basada en hechos y estadísticas que pude

obtener, completada por mi conocimiento directo y por mi vivencia, dediqué los dos primeros meses en el Colegio a la demostración de esa tesis y de ese trabajo resultó mi artículo "Contradicciones y conflictos en el Brasil contemporáneo" (escrito, como ejercicio, en español) -que se basaba, en amplia medida, en el informe sobre la situación política brasileña, que yo había presentado en la última reunión del Comité Central de la Polop, realizada en marzo de 1965. Habiendo pasado por la crítica de Segovia, el artículo tuvo su aprobación por parte del consejo editorial de Foro Internacional gracias al peso de la opinión de Urquidí, que declaró haber, finalmente, leído alguna cosa que le permitía entender lo que ocurrió en Brasil.

La importancia de ese artículo fue el plantear sobre otras bases la explicación del proceso brasileño pos-1930, influenciando considerablemente análisis posteriores. Los ecos de esa influencia pueden percibirse en la mayoría de los estudios que se escribieron después sobre el tema, menos en autores que me citan explícitamente (por ejemplo, Dreyfus, 1981, que vuelve a privilegiar el papel de la intervención estadounidense) que sin embargo otros no lo hacen (por ejemplo, Oliveira y Mazzuccheli, 1977, particularmente en su intención -no siempre bien sucedida- de privilegiar los "factores internos" y, sobre todo, en su evaluación del segundo gobierno de Getulio Vargas). A nivel del Colegio, el artículo me dio prestigio y motivó mi inclusión en el cuerpo editorial de Foro Internacional, donde permanecí hasta dejar la institución, en 1969.

Estimulado por la repercusión de ese ensayo, tanto en el Colegio como fuera, y buscando penetrar en la naturaleza profunda de los acontecimientos brasileños, escribí (aún en 1965) otros dos _además de trabajos menores, publicados en órganos sindicales y estudiantiles, de los cuales el más importante era la revista Solidaridad, editada por el Sindicato Mexicano de Electricistas, entonces uno de los más poderosos y más avanzado de México. El primer de los ensayos -atendiendo a una sugerencia de Frank en el sentido que yo escribiera algo para *Monthly Review*- fue dedicado, ya no al proceso de lucha de clases del que había resultado el golpe militar, sino a sus causas económicas profundas y a sus consecuencias, particularmente en el nivel latinoamericano. Escrito también en español, fue publicado, en 1965, en Nueva York, con el título "Brazilian Interdependence and Imperialist Integration", y la versión original apareció en *Selecciones en Castellano de Monthly Review*, que se editaba entonces en Buenos Aires.

En este ensayo, modificando el enfoque, yo planteaba en primer plano las transformaciones de la economía mundial en el pos-guerra (especialmente la centralización de capital en Estados Unidos y su efecto sobre las exportaciones de capitales) y su impacto en la economía del Brasil y en la diferenciación de su clase burguesa, para examinar, a la luz de esos fenómenos, la política exterior brasileña en la década de 1960 y sus implicaciones para América Latina. Ese estudio tuvo tres resultados importantes.

Primero, impulsó la superación del enfoque meramente institucional -y, frecuentemente, jurídico— preponderante en los análisis de la política exterior latinoamericana, motivando los estudiosos a investigar sus determinaciones económicas y de clase (efecto inicialmente sentido en el propio Colegio de México pero, directa o indirectamente, extendido después al Brasil, empezando con el análisis pionero de Martins, 1972). Segundo, despertó mayor atención para el cambio operado en los movimientos de capital en la pos-guerra, con ventaja para las inversiones directas en la

industria, tesis que se constituiría en uno de los pilares de la teoría de la dependencia, principalmente por las implicaciones del fenómeno en la diferenciación interna de la burguesía, que yo señalaba en el artículo y que sostenían el concepto de "burguesía integrada" que yo ahí exponía (véase, entre otros estudios, Santos, 1976, principalmente su trabajo más difundido "El nuevo carácter de la dependencia", escrito originalmente en 1966, y Cardoso y Faletto, 1969, primera versión en 1967, sobre todo su concepto de "burguesía asociada"). Tercero, planteó la cuestión del subimperialismo, que ahí traté por primera vez y que despertó particular interés en círculos intelectuales argentinos y uruguayos, así como de brasileños que los integraban, gracias a la difusión que dio a mi ensayo su publicación en Buenos Aires. Ese interés llevaría a un grupo vinculado con la revista *Marcha*, de Montevideo, en que se destacaron Vivian Trías y Paulo Schilling, a desarrollar nuevas elaboraciones sobre el tema, a través de las cuales, por un lado, se operó un deslizamiento hacia lo que se podría llamar de "teoría del satélite privilegiado" -distinta, en sustancia, de la tesis que yo planteara- y, por otro lado, se descubrió y aún se supervalorizó la doctrina geopolítica, hasta el punto de convertirla en clave explicativa del fenómeno -lo que también estaba lejos de coincidir con la visión que yo tenía (las elaboraciones más acabadas de esa corriente, en versión bien posterior, se encuentran en Trías, 1977, y Schilling, 1978).

El segundo artículo (de hecho, el tercero) fue gracias a Jesús Silva Herzog, director de la tradicional revista *Cuadernos Americanos*, quien, a solicitud mía, manifestó interés en un artículo inédito, en la línea de los anteriores; escrito también en español, fue publicado en 1966, con el título "La dialéctica del desarrollo capitalista brasileño". A diferencia del primer ensayo, centrado en el proceso socio-político brasileño, y del segundo, más preocupado con la articulación de la economía brasileña con el sistema imperialista y sus implicaciones para América Latina, este tercer estudio procuraba sintetizar los dos enfoques, con el propósito de develar las grandes líneas del proceso histórico del Brasil moderno y la gestación de las condiciones de la revolución socialista. Este último aspecto iluminaba todo el análisis y fue, efectivamente, con el título de "El carácter de la revolución brasileña" que el ensayo fue publicado de nuevo, en 1970, en *Pensamiento Crítico*, la revista cubana de más prestigio en aquella época y que se destacaba por su osadía teórica y política.

Al terminar el año de 1965, ocurrió algo que influyó profundamente en mi trayectoria intelectual. El curso de graduación del CEI incluía una disciplina sobre América Latina, centrada principalmente en cuestiones de política exterior, como indicaba su denominación: Historia Diplomática de América Latina. En aquel entonces, México era aún un desierto en materia de estudios latinoamericanos, como atestigua el hecho de que _además de ser la única en el género en un curso de relaciones internacionales- esa disciplina fuera siempre impartida por un especialista estadounidense. Lo que sucedió, en aquel año, es que el profesor encargado -de nombre conocido, pero que ahora no me acuerdo- tuvo un impedimento de última hora, creando un problema para el cumplimiento normal del currículo en 1966. El razonable prestigio que había ganado en el Colegio, sumado al hecho de ser brasileño y tener, por lo tanto, alguna noción de lo que ocurría en el Cono Sur, llevó a la dirección del CEI a asumir que yo era latinoamericanista y a solicitar mi colaboración para la solución del problema. Así fue como me convertí, de hecho, en titular de la disciplina durante el resto de mi permanencia en el Colegio.

En realidad, salvo información directa y nociones superficiales sobre el tema, adquiridas durante mi estancia en Francia, yo no sabía mucho sobre América Latina. Así, durante unos tres meses me dediqué al estudio de la bibliografía disponible, utilizando principalmente la biblioteca del Colegio _muy buena en ese particular. Ahí, además de estudios nacionales, en su mayoría clásicos, y uno que otro intento de teorización más general (como los trabajos de la Cepal y las obras de Gino Germani y Torcuato S. Di Tella), hice la desagradable constatación de que los estudios latinoamericanos venían esencialmente de los países desarrollados -principalmente Estados Unidos, Inglaterra y Francia, en ese orden— y padecían, en la mayoría de los casos, de un paternalismo elitista, que me hacía recordar los cursos de Balandier, en SciencesPo.

Organicé el programa, buscando combinar algunas formulaciones de carácter global con el análisis por países, excluyendo América Central y México, no sólo por ser suficientemente _en el caso de México ampliamente- tratados en otras disciplinas, sino también para evitar problemas políticos. La metodología era, esencialmente, la que yo desarrollara en mis trabajos sobre Brasil, haciendo que las cuestiones de política exterior, además de ser enfocadas a partir de sus determinaciones socio-económicas, constituyeran sólo una dimensión del objetivo de conocimiento construido en el curso. Cuando era necesario, el programa introducía el examen de categorías y tesis marxistas, porque era en el marxismo que él se basaba. Esas modificaciones hicieron que el curso se titulara, más tarde, Problemas Internacionales de América Latina.

El éxito logrado con los alumnos -un grupo particularmente brillante, es justo reconocer, y que trabajaba tiempo integral- llegó a crearme dificultades junto a la dirección y colegas del cuerpo docente. En su entusiasmo, los estudiantes me endiosaron, al mismo tiempo que establecían comparaciones entre mi curso y los demás, que resultaban ser poco lisonjera para éstos; peor aún, asumieron posiciones de izquierda que desentonaban en la torre de marfil que la institución se enorgullecía de ser. Debo ser honesto: mi opción teórica y política siempre fue respetada en el Colegio, mientras permanecí allí, y se mantuvo invariable el cálido trato que me era dispensado, tanto en el terreno personal como profesional. Pero, de manera bien mexicana, la dirección del CEI tomó algunas medidas _como, para los futuros grupos, dislocar el curso de una posición intermedia para el final del currículo y ejercer sobre los estudiantes, antes de que llegaran a mis manos, una influencia neutralizadora. Así, no sorprende que -al impartir un nuevo curso, en 1968- yo me encontrara con un grupo de alumnos que pasó a la historia del Colegio bajo la designación de *cool generation*.

La repercusión del curso de 1966 llevó al CEI a crear, en 1967, un seminario sobre América Latina, en el nivel de posgrado -iniciativa pionera en México y, hasta donde sé, en América Latina, si descartamos las que correspondían a organismos internacionales, de tipo más especializado. Encargado de su coordinación, establecí un programa flexible, cuya línea central era garantizada por mí, pero que incluía conferencistas, sea para tratar temas previamente establecidos, sea para intervenir en determinadas áreas del programa, a partir de su propia especialidad. En ese contexto, además de invitar especialistas mexicanos y estadounidenses, aproveché el paso por el país de intelectuales latinoamericanos, en particular brasileños, como Celso Furtado, Helio Jaguaribe y Octavio Ianni. El curso tuvo éxito, consolidando mi posición en el Colegio y me dio la posibilidad de platicar con los brasileños sobre la situación nacional. Me acuerdo, particularmente, de la discusión que una noche mantuve con Celso Furtado, en el Café de Las Américas, juntamente con José Thiago Cintra. Furtado, por su parte,

defendía su tesis de la "pastorización", es decir, el retroceso de la economía brasileña al estadio meramente agrícola que la dictadura brasileña estaría promoviendo (tesis que él había expuesto en su artículo de presentación al número especial de *Temps Modernes* sobre Brasil, publicado en 1966, y que Siglo XXI editaría con el título de *Brasil hoy*); yo, por mi parte, insistiendo en el eje central de mi reflexión sobre Brasil, o sea, en la idea de que la dictadura correspondía a la dominación del gran capital nacional y extranjero e impulsaba la economía del país a una etapa superior de su desarrollo capitalista.

Aún en 1967, atento a la reunión que se realizaba en México sobre la propuesta mexicana de desnuclearización de la región, de que resultaría el Tratado de Tlatelolco, escribí, en colaboración con Olga Pellicer de Brody, el artículo "Militarismo y desnuclearización en América Latina". En ese trabajo, a la par de la denuncia sobre la actuación de la delegación brasileña en la conferencia, que descaracterizó el objetivo de México e hizo del tratado algo de poca eficacia, mostrábamos que esa actitud correspondía al propósito de la dictadura de desarrollar en Brasil una industria bélica importante, como base de la política expansionista que ella llevaba a cabo. El artículo fue publicado en *Foro Internacional*, y llamó la atención de los especialistas del Colegio para el tema y motivó dos tesis de graduación en el CEI (Lozoya, 1969, y Vargas, 1973).

A fines de ese mismo año, durante una quincena de vacaciones, en Zihuatanejo, en respuesta a una solicitud de la revista *Tricontinental* -lanzada, en La Habana, en el contexto de la movilización revolucionaria que se constituiría en la línea central de la política exterior cubana en los años siguientes- escribí el artículo "Subdesarrollo y revolución en América Latina". Este vendría a ser mi trabajo más conocido internacionalmente, sea debido a la gran difusión de la revista (que se editaba en español, inglés y francés y se distribuía mundialmente), sea por las diversas reediciones de que fue objeto; se destacan, entre éstas, la de la edición en castellano de *Monthly Review* (que, después del golpe de 1966 en la Argentina, empezó a ser editada en Santiago de Chile), la del *reading* elaborado por Bolívar Echeverría y publicado en Berlín bajo el título *Kritik des bürgerlichen Anti-Imperialismus*, y la del *reading* editado por Feltrinelli, titulado *Il nuovo marxismo latinoamericano*. Ese ensayo, que refleja lo esencial de las investigaciones que yo venía realizando desde fines de 1965, resume su contenido en la declaración inicial —"la historia del subdesarrollo latinoamericano es la historia del desarrollo del sistema capitalista mundial"- y se dedica a demostrar que ese subdesarrollo es simplemente la forma particular que asumió la región al integrarse al capitalismo mundial.

En 1968, por invitación de Leopoldo Zea, también profesor en el Colegio, quien desarrollaba la iniciativa pionera de crear un Centro de Estudios Latinoamericanos en la Facultad de Filosofía, de la UNAM, asumí en éste -además de la dirección de un seminario sobre América Latina, para graduados y posgraduados- la cátedra del curso de Historia de Brasil y sus Antecedentes Portugueses, que tuvo un singular destino. Como se trataba de un curso de dos semestres, destiné el primero a exponer la teoría y el método marxistas, discutiendo como aplicarlos al estudio de América Latina; y, con esa base, el segundo tuvo como objetivo el análisis del proceso económico, social y político de Brasil. El interés que despertó el curso provocó no sólo un notable aumento del número de alumnos, motivando sucesivos cambios de salón hasta llegar a un auditorio, sino también la modificación cualitativa del alumnado, que pasó a venir de diferentes

facultades, tanto del área de humanidades como de ciencias exactas y naturales. En realidad, ahí se reunió la vanguardia estudiantil de la UNAM -a punto de que, después de la represión al movimiento estudiantil, en octubre de aquel año, me hicieron la sugerencia, un poco en broma un poco en serio, que fuera impartir el curso en la cárcel.

Por presión de los estudiantes, realicé un seminario de lectura de *El capital*. Dificultades institucionales hicieron que éste se llevara a cabo en mi casa, durante las mañanas de los sábados, con la participación de estudiantes y profesores jóvenes del Colegio y de la UNAM. Esa iniciativa, sin precedentes en aquella época, daría sus frutos, como constaté al regresar a México en 1972: supe de la existencia de diversos seminarios de ese tipo impartidos por participantes del de 1968.

1967 y 1968 fueron, así, los años en que, después de consolidar mi posición en el Colegio, me proyecté en los círculos intelectuales y políticos mexicanos e inicié mi lanzamiento en el plano internacional. Además, fueron años de situación económica holgada. En efecto, desde mediados de 1966 -por intermedio de su hijo, alumno mío en el Colegio— conocí a Gonzalo Abad Grijalva, funcionario destacado de la UNESCO, que dirigía un órgano mantenido por ésta, la OEA y el gobierno de México -el Centro Regional de Construcciones Escolares para América Latina (CONESCAL)-, al cual me integré con el cargo de educador. Formado en su casi totalidad por arquitectos e ingenieros y dedicado a cuestiones eminentemente técnicas, CONESCAL terminó constituyéndose en un excelente ambiente de trabajo para mí: hice amistades de nostálgica memoria (en especial, Oswaldo Muñoz Marín, Marín Reyes Arteaga, Alejandro Unikel, Carlos Osorno y mi secretaria Magdalena, sin contar el propio Abad) y, además de ampliar mis horizontes con conocimientos de arquitectura, urbanismo, artes plásticas e ingeniería, pude profundizar en el estudio de la realidad económica y social latinoamericana. Ahí, participé de los cursos internacionales realizados anualmente por la institución, desarrollé investigaciones de carácter técnico (resultando dos informes de cierto alcance, uno sobre la formación tecnológica en América Latina y otro, de cuño más colectivo, sobre una nueva metodología arquitectónica para las construcciones escolares) y publiqué un par de artículos en la revista del Centro. De estos artículos, había uno que trataba sobre la cuestión educacional en América Latina y que sirvió de base para mis reflexiones sobre el tema de los movimientos estudiantiles, que entonces estaban en ascenso. Permanecí en CONESCAL hasta 1969, cuando, preparándome ya para abandonar México, presenté mi renuncia.

Aún en 1968, instado por Claudio Colombani, empecé a escribir colaboraciones no periódicas para el influyente y oficialista periódico *El Día*, en la sección titulada Testimonios & Documentos. En mayo, entusiasmado con las acciones del movimiento estudiantil brasileño, escribí un artículo de una página, en el cual analizaba sus motivaciones y definiciones programáticas, su dinámica y sus tácticas de lucha. Por razones nunca aclaradas, fue publicado en agosto, poco después del brote del movimiento estudiantil-popular que, en julio, sacudió el *establishment* mexicano hasta sus bases y se constituyó en uno de los más importantes puntos de ruptura en la historia del país. Inútilmente conseguí una carta del periódico, en la cual este asumía la responsabilidad por la infeliz coincidencia. El hecho -sumado a mis antecedentes políticos, mi actividad docente y una conferencia pública, en el Colegio, sobre la cuestión estudiantil latinoamericana— hizo pesado el ambiente que me rodeaba, hasta en mi casa (que pasó a ser vigilada y a sufrir censura telefónica); en el órgano de la Secretaría de Gobernación, encargado del control de los asilados, recibí un trato

francamente hostil. Cuando, en octubre, tuvo lugar la represión gubernamental, con la masacre de Tlatelolco, mi situación se tornó insostenible.

Opté, entonces, por entrevistarme con la más alta autoridad en la materia, el subsecretario de Gobernación. Fría y cortésmente, éste me dio la versión oficial de lo que sucedía: los buenos muchachos mexicanos habían sido envenenados por agitadores extranjeros y se habían vuelto contra su país; en el entender del gobierno, yo era uno de los principales responsables por lo que sucediera. Me pareció inútil argumentar y me limité a indagar si eso significaba que el gobierno quería que yo abandonara el país. Usted está bajo la protección del gobierno de México; sin embargo, éste consideraría su partida como un gesto de colaboración para que las cosas se normalicen, me respondió, con inalterable cortesía. Muy bien. ¿De qué plazo dispongo?, pregunté. ¿Cómo? ¿plazo? usted tomó una decisión, nadie lo está expulsando, fue la respuesta.

Después de eso, la presión directa (vigilancia, censura, etc.) cesó. Naturalmente, busqué demostrar en la práctica mi intención de cumplir el acuerdo: después de renunciar a CONESCAL, reduje mi participación en el Colegio y me alejé de la UNAM. O, por lo menos, yo pensaba estar actuando así: tiempo después, vendría a saber que -sin ninguna exigencia, es verdad, de que fuera cesado- esas instituciones habían sido instruidas, por escrito, por la Secretaría de Gobernación en el sentido de evitar mi relación con estudiantes.

Contactando con mis amigos que se encontraban asilados en otros países, logré oportunidades de salida y terminé optando por Argelia, pasando por Francia (mi correspondencia con Miguel Arraes me abriría las puertas de aquel país y me llevó, algún tiempo después, a hacer el prefacio a la edición mexicana de su libro *Brasil: pueblo y poder*). Sin embargo, para mi sorpresa, la autorización de salida me fue negada. Hablando con la misma autoridad de Gobernación, ésta justificó la negativa debido al acuerdo existente con la dictadura brasileña, en el sentido de impedir mi viaje a centros de reunión de exiliados -lo que descartaba, también, Francia, Uruguay y Chile— salvo que, renunciando al asilo, yo liberara al gobierno mexicano de cualquier responsabilidad sobre mis actos. Y fue lo que terminaría haciendo.

Aunque ese proceso haya tardado casi un año, es justo resaltar que, hecho el acuerdo verbal con Gobernación, ya no volví a ser molestado. Pude, inclusive, sin estorbos, mantener estrecha relación con los presos políticos liberados por la dictadura a raíz del secuestro del embajador estadounidense, que México acogió. Entre ellos, estaban Vladimir Palmeira y José Dirceu, líderes del movimiento estudiantil de 1968, además de Ricardo Villas. Fue, para mí, excelente oportunidad para discutir los problemas de la izquierda brasileña -descubriendo, también, que mis ensayos sobre Brasil habían tenido en el país una amplia difusión clandestina, inclusive con una edición mimeografiada, publicada por la Unión Metropolitana de Estudiantes de Río de Janeiro, bajo el título *Perspectivas* da situación económica brasileña, de la cual sólo muchos años después me llegó un ejemplar.

Una pequeña anécdota revela como yo me torné conocido de los jóvenes militantes de izquierda y, al mismo tiempo, la visión distante que ellos tenían de mí. Al llegar el grupo al aeropuerto de México, ellos fueron cercados por un fuerte dispositivo de seguridad y no pude intercambiar más que algunas palabras con Vladimir, aprovechando para decir que lo vería más tarde en el hotel. Cuando él informó eso a sus

compañeros, Ricardo Villas, muy joven, cayó de los cielos: -"¿Pero, Ruy Mauro Marini existe realmente?", preguntó, incrédulo, ante la inesperada materialización de lo que no era, hasta entonces, más que un nombre de textos de formación política.

Con mis actividades reducidas, durante 1969 me dediqué principalmente a la dirección de tesis de grado en el Colegio. Tres de ellas llegaron a ser presentadas aún cuando me encontraba en México: la de Jorge Robledo, venezolano, de quien ya no tuve noticias, sobre "El movimiento estudiantil venezolano", que se inspiraba en mis preocupaciones sobre el tema y versaba sobre la revolución de 1958 y la lucha de clases subsiguiente; la de René Herrera Zúñiga, nicaragüense, hoy profesor e investigador en el Colegio, cuyo título no me acuerdo, sobre el proceso socio-político de Nicaragua y el fenómeno Somoza, y la de Carlos Johnson, mexicano-estadounidense, actualmente da clases en la UNAM, sobre la coherencia interna del movimiento de los países no-alineados, medida a través de las votaciones en la ONU. Dejé encaminadas las de Ricardo Valero Becerra, mexicano, que vendría a tener brillante carrera en la diplomacia y en la política, sobre "Fundamentos y tendencias de la política exterior brasileña", dedicada al examen de las determinaciones socio-económicas de la política exterior de Brasil en la década de 1950, y la de Gonzalo Abad Júnior, ecuatoriano, hoy funcionario internacional, sobre la lucha de clases en Ecuador, ambas presentadas después de mi salida de México.

También en 1969, en respuesta a una invitación de Pablo González Casanova, entonces director del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, participé en el libro por él organizado, *Sociología del desarrollo económico (Una guía para su estudio)*, en convenio con un centro de la UNESCO en París. Cada sección debería contener un examen de las tendencias de la disciplina considerada y una bibliografía comentada. Fui responsable por la sección de sociología política. El texto introductorio fue publicado también, aisladamente, en la revista colombiana *Desarrollo Indoamericano*, dirigida por José Consuegra, en la cual colaboré durante algún tiempo.

Paralelamente, con el apoyo entusiasta de Claudio Colombani, también en 1969, me dediqué a la preparación de un libro, basado en los trabajos que publicara en el período, que Arnaldo Orfila Reynal, fundador y director de Siglo XXI, manifestara interés. Con el ensayo de 1967 sobre América Latina como apertura, reuní mis estudios sobre Brasil (reformulándolos, para incluir mis consideraciones sobre la industria bélica, en lo que se refería a la política exterior) y agregué un ensayo sobre la problemática de la izquierda, que mucho se debe a las discusiones que tuve con los presos políticos liberados, en particular Vladimir Palmeira. Problemas de la editora retrasaron su lanzamiento, de manera que, cuando eso ocurrió, al final del primer trimestre de 1970, yo ya había salido de México. Subdesarrollo y revolución es, pues, un texto centrado prioritariamente sobre el análisis de los problemas brasileños que alcanzó gran difusión en los años 70, con reediciones casi anuales, y que entró, aunque perdiendo fuerza, en la década de 80. Según mi opinión, el interés que despertó se debe, en parte, a la novedad del enfoque —inserto como está el libro en la corriente de las nuevas ideas que se cristalizaron en la teoría de la dependencia—, en parte, a la metodología, que buscaba utilizar el marxismo de modo creador para la comprensión de un proceso nacional latinoamericano y, finalmente, a su audacia política, que rompía con el academicismo timorato y aséptico que tuviera vigencia, hasta entonces, en los estudios de esa naturaleza. El último capítulo, que enfoca los problemas de la izquierda armada y lo hace desde dentro (el único precedente, en esta línea, había sido ¿Revolución en la revolución?, de Régis Debray, en 1967), suscitó un entusiasmo en la intelectualidad

joven y, en general, en la militancia de izquierda (ésta promovió, en Italia, su publicación en la edición local de *Monthly Review*, a pesar de que ya estaba en curso una traducción de mi libro); sin embargo, el libro llegó a provocar preocupación en los editores, que _como no habían tenido conocimiento previo de ese último capítulo, que fue entregado por mí directamente a la imprenta, cuando ya estaba en proceso la impresión— temieron, al verlo publicado, que la empresa resultara comprometida.

Problemas, es verdad, el libro los creó, pero en países como Brasil y la Argentina, que requisaron y destruyeron todos los paquetes remitidos. Sin embargo, en la mayor parte de América Latina, y en México en particular, el libro fue un éxito, que luego llegó a Europa. En 1972, apareció la edición francesa y, en 1974 (con una introducción que vendría a ser mi trabajo más significativo y con una traducción de Laura Gonzalez) la edición italiana bajo el título *Il sottoimperialismo brasiliano*. Un contrato firmado con Penguin Books no tuvo continuidad, por razones que ignoro, pero en 1975 se llevó a cabo la edición portuguesa, con base en la 5ª edición mexicana de 1974, corregida y aumentada.

Con ese libro, cerré con llave de oro mi primer exilio, durante el cual, al mismo tiempo en que completaba mi formación, me realicé profesionalmente. La victoria de Luis Echeverría en las elecciones de 1969 —quien, como secretario de Gobernación, comandara la represión al movimiento estudiantil— y la negativa de Francia de permitirme ingresar o pasar por su territorio sin documentación (que me era negada tanto por el gobierno brasileño como por el mexicano) me llevaron, después de haber renunciado al asilo político, a decidirme por Chile, donde la situación política podría facilitar las cosas. En noviembre de 1969, desembarqué en Santiago.

El segundo exilio

Mi ingreso a territorio chileno se hizo con alguna dificultad, resuelta por la presión de amigos que ahí me esperaban -en particular Theotonio dos Santos y Vania Bambirra- juntamente con la intervención de políticos -como el entonces senador Salvador Allende- y de la Universidad de Concepción y de su Federación de Estudiantes (FEC). Efectivamente, aún en México, yo había sido contactado por su presidente, Nelson Gutiérrez -quien me conocía por mis trabajos y por las informaciones de amigos brasileños, entre los cuales Evelyn Singer, profesora en dicha universidad y que había militado conmigo en Brasil. Gutiérrez me había comunicado sobre la existencia de una vacante de profesor titular en el Instituto Central de Sociología y me había consultado sobre mi interés en ocuparla. Como en ese entonces ya consideraba Chile como posible alternativa a Argelia, respondí afirmativamente, y mi currículum fue incluido en el concurso abierto para esa vacante y aprobado. Así, yo llegaba al país con un contrato en la mano.

Permanecí en Santiago cerca de tres meses, aprovechando las vacaciones escolares, y no me desvinculé totalmente de la ciudad porque ahí mantuve un pequeño departamento durante todo el tiempo en que estuve en Concepción. No me seducía, en efecto, la perspectiva de fijar mi residencia en esta última ciudad, acostumbrado como estaba a las grandes metrópolis, además de que Santiago presentaba para mí más atractivos. Ahí estaban grandes amigos míos, como Vania y Theotonio, junto con una amplia colonia de exiliados brasileños que mientras viví en Chile, estuvo formada, en diversos momentos, por Darcy Ribeiro, Almino Afonso, Guy de Almeida, José Maria Rabelo,

Maria da Conceição Tavares; en poco tiempo, haría nuevas amistades entre los chilenos y latinoamericanos, como Tomás Vasconi, Inés Reca, Pío García, Orlando Caputo, Roberto Pizarro, Aníbal Quijano, reencontrándome también con André Gunder Frank, que era profesor en la Universidad de Chile, y su esposa, Marta Fuentes. Por otra parte, Santiago vivía un momento de intensa movilización política, que resultaría, en las semanas inmediatas a mi llegada, en la constitución de la Unidad Popular, frente político que reunía las fuerzas de izquierda -con excepción del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)-, y en la designación de Allende como su candidato a las elecciones presidenciales del año siguiente.

A pesar de haber recibido una propuesta de trabajo del Instituto de Administración (INSORA), con el cual había entrado en contacto desde México, y tener el interés del Centro de Estudios Socio-Económicos (CESO) de la Facultad de Economía, de la Universidad de Chile, me trasladé, en marzo de 1970, a Concepción. Estaba dispuesto a quedarme por lo menos un año, como reconocimiento a la solicitud que me manifestara la Federación de Estudiantes.

Si el nivel de politización era alto en Santiago, adquiría en Concepción connotaciones explosivas. Una de las principales ciudades del país, de antigua tradición industrial e íntimamente vinculada con los centros mineros de Lota y Coronel, cuna del Partido Comunista, dio origen, en 1965, a una nueva fuerza de izquierda, el MIR _fracción de la Juventud Socialista, con participación destacada de una corriente intelectual trotskista- liderado por una pléyade de jóvenes brillantes, principalmente Miguel Enríquez, Luciano Cruz y Bautista van Schouwen. Con Luciano como presidente, la Federación de Estudiantes dio inicio, de manera espectacular, a la reforma universitaria, que agitaba aún el país cuando llegué, y que había lanzado el MIR en el nivel nacional, en 1969, gracias a la adopción _después de la ruptura con los trotskistas- de una activa política de lucha armada. Un poco más joven, Nelson Gutiérrez, ahora ex presidente de la FEC, terminaría por integrarse al grupo dirigente, donde se destacó por su inteligencia, su integridad revolucionaria, su inagotable sed de conocimiento y su notable capacidad oratoria.

En un ambiente de esa naturaleza, es difícil distinguir lo que fue actividad académica y lo que fue actividad política. Mi vida personal fue, de cierta manera, anulada, en aras de una práctica pedagógica incesante, en las aulas, en las reuniones con militantes, durante las comidas, las tertulias en mi casa, en las visitas a dirigentes y bases obreras de Tomé, Lota, Coronel. En la Universidad, impartí diversos cursos, por motivación política y académica, además de establecer lazos de amistad con Juan Carlos Marín, uno de los raros intelectuales marxistas realmente dedicado a cuestiones de estrategia militar; Alejandro Saavedra, estudioso de la cuestión agraria, sobre la cual sostenía tesis extremadamente originales; Luis Vitale, que se esforzaba por rescatar la historia de las luchas de clases en Chile; Guillermo Briones, científico político de formación tradicional, pero siempre abierto a lo nuevo; Julio López y José Carlos Valenzuela, que llegaban de Polonia, entusiasmados con Kalecki; Néstor D'Alessio y otros.

Entre los mencionados cursos, cabe destacar el de Sociología Política, que rescataba mi experiencia en Brasilia; Sociología de América Latina, en que capitalizaba mis estudios en México, y Métodos y Técnicas de Estudio y Exposición, que tuviera una primera versión en CONESCAL, con el fin de preparar arquitectos e ingenieros para la comprensión de las cuestiones sociales y que, en Concepción, tuvo el propósito de

disciplinar el razonamiento de los jóvenes militantes, capacitarlos en la investigación y prepararlos para dominar diferentes formas de exposición, como el panfleto, el artículo, el discurso oratorio, el informe, el ensayo. También participé en el curso de Ciencias Sociales que el Instituto realizaba extra muros, en las facultades y escuelas de ingeniería, medicina, servicio social, geología, matemáticas, etc., jugando, para la izquierda universitaria, el papel de instrumento de politización de sectores estudiantiles menos sensibles, en principio, a los problemas socio-políticos; mi contribución consistió, principalmente, en modificar el enfoque pedagógico, buscando transformar el curso en una reflexión política basada en la problemática propia de cada profesión y, en la medida de lo posible, en su lenguaje.

En ese contexto, mi producción escrita se vio bastante perjudicada. Durante aquel año, escribí solamente dos textos para publicación: el prólogo al libro de Arraes y un artículo titulado "Los movimientos estudiantiles en América Latina", destinado a la recién creada revista del Instituto, *Ciencia Social* (que salió con mucho retraso y no pasó del primer número) y que se publicó en Francia, en aquel año, en *Temps Modernes*, y en Venezuela, en la revista *Rocinante*, editándose, después, también en México y en Colombia.

El ambiente de Concepción, a la vez exaltado y sofocante, su provincialismo y la elección de Allende para la Presidencia, que abría en el país un proceso político de grandes perspectivas, me llevaron a aceptar la invitación del CESO y a trasladarme a Santiago, a fines de 1970. En una universidad que, como la de Chile, pasaba aún por el proceso de reforma, los procedimientos y la nomenclatura eran fluidos: un concurso de títulos decidió mi admisión y clasificación como investigador *senior*. Sin sustraerme a la marea alta de politización que caracterizaba en ese entonces a Chile, viví allí una de las fases más productivas de mi vida intelectual.

La formación del gobierno de la Unidad Popular contribuyó, de cierta manera, para eso. Sin tener cuadros para la administración pública, la izquierda en el poder los fue a buscar en las universidades. En el CESO, eso conllevó la promoción del personal joven (Roberto Pizarro, entonces *júnior*, en la calidad de único chileno del pequeño grupo que quedara, asumió la dirección, luego transferida a Theotonio) y la incorporación de nuevos miembros, en la mayoría extranjeros, lo que trajo una gran renovación. La institución llegó a la cima de su trayectoria entre 1972 y 1973; además de mi, Theotonio y Vania, el CESO contaba con Vasconi, Frank, Marta Harnecker, Julio López y, más jóvenes, Pizarro, Cristián Sepúlveda, Jaime Torres, Marco Aurelio García, Alvaro Briones, Guillermo Labarca, Antonio Sánchez, Marcelo García, Emir Sader y Jaime Osorio, lista a la que habría que agregar los temporales: Régis Debray, recién liberado de su arresto en Bolivia; los cubanos Germán Sánchez y José Bell Lara, alejados por algún tiempo de La Habana, luego del freno aplicado a *Pensamiento Crítico*, y el mexicano Luis Hernández Palacios, a quien reencontraría, tiempos después, al regresar a México.

El CESO fue, en su momento, uno de los principales centros intelectuales de América Latina. La mayoría de la intelectualidad latinoamericana, europea y estadounidense, principalmente de izquierda, pasó por ahí, participando mediante charlas, conferencias, mesas redondas y seminarios. Sin embargo, el secreto de la intensa vida intelectual que lo caracterizó y que se constituyó en la fuente real de su prestigio fue la permanente práctica interna de diálogo y discusión, institucionalizada en los seminarios de área -las

áreas temáticas eran las células de la institución-, en el seminario general, y continuada en las relaciones personales, que tenían por base el compañerismo y el respecto recíproco. El momento político que vivía el país, que había tornado a Santiago el centro mundial de atención y de romería de intelectuales y políticos, hizo lo demás, amén de incentivar el desarrollo de otros órganos académicos, como el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN), de la Universidad Católica.

Como el CESO estaba adscrito a la Facultad de Economía, yo debía impartir cursos ahí, aunque sin obligación docente. Realicé tres cursos: Introducción a las Ciencias Sociales, cuya parte inicial, formada por tres clases, dio como resultado el ensayo "Razón y sinrazón de la sociología marxista", publicado en el primer número de la revista *Sociedad y Desarrollo*, lanzada por el CESO, en 1972; Ciencia Política y un tercero _en el que participaban alumnos de diversas facultades, militantes de los diferentes partidos de la izquierda- titulado Teoría del Cambio. Este último -que trataba, de hecho, sobre la teoría de la revolución- después de una parte dedicada a las revoluciones burguesas, estudiaba cuatro revoluciones socialistas (soviética, china, vietnamita y cubana), concluyendo con algunas generalizaciones-; grabado y, posteriormente, reelaborado, se encontraba pronto para ser publicado en el momento del golpe militar de 1973, cuando, luego de la invasión de mi departamento por el ejército, fue por éste quemado, junto con los libros y otros materiales que ahí se encontraban -inclusive una serie de entrevistas que yo había hecho a Miguel Enríquez, dirigente máximo del MIR, cuya pérdida aún lamento.

Además de ejercer algunos puestos administrativos -coordinador docente y miembro de la comisión de investigaciones, del consejo editorial y del consejo directivo del CESO y miembro de la comisión docente y de investigaciones de la Facultad— me designaron en calidad de coordinador de área, para organizar y dirigir su seminario; como dije, cada área del CESO realizaba su propio seminario, paralelo al seminario general (este, entre 1971 y 1973, se centró en el análisis de la transición socialista en la Unión Soviética, con énfasis en Lenin, y tuvo a Marta Harnecker como coordinadora). Mis intereses de investigador me llevaron a proponer en mi área, que lo aprobó, el tema "Teoría marxista y realidad latinoamericana"; iniciándose con *El capital* de Marx; el seminario debería incluir sus obras políticas, pero, por las circunstancias históricas, no pasó de la primera parte. No se trataba de una simple lectura del libro, sino -aprovechando la experiencia de México- tomarlo como hilo conductor para la discusión sobre la manera de aplicar sus categorías, principios y leyes al estudio de América Latina. En el seminario, participaban, entre otros, Frank, Vasconi, Labarca, Marco Aurelio, Marcelo García, Cristián, Antonio Sánchez y Jaime Osorio.

Para centrar la discusión, empecé a trabajar en un texto base. Éste tomaba, como punto de partida, lo que quedó conocido en el CESO como mi "libro rojo" -una portada roja, que reunía materiales desde 1966, incluyendo esquemas de clase, notas de lectura, reflexiones e información histórica y estadística sobre América Latina en general y país por país, con énfasis en la integración al mercado mundial y en el desarrollo capitalista resultante. La propia naturaleza de esos materiales me indujo a escribir un ensayo de carácter histórico, que no me satisfizo; lo que buscaba era el establecimiento de una teoría intermedia que, basada en la construcción teórica de Marx, condujera a la comprensión del carácter subdesarrollado y dependiente de la economía latinoamericana y su legalidad específica. Al regresar a trabajar en el texto (tanto la primera versión, como el "libro rojo" se perdieron también, a raíz de la invasión de mi departamento),

busqué situar el análisis en un nivel más alto de abstracción, relegando a notas de pie de página las pocas referencias históricas y estadísticas que conservé. Esta segunda versión fue publicada, aún incompleta, en *Sociedad y Desarrollo*, bajo el título "Dialéctica de la dependencia: la economía exportadora" y, terminada, en edición mimeografiada del CESO, en 1972, sirviendo también como base para la introducción al libro publicado por Einaudi, en 1974.

Dialéctica de la dependencia era un texto innegablemente original y contribuyó para abrir un nuevo camino para los estudios marxistas en la región y plantear, sobre otras bases, el estudio de la realidad latinoamericana. La *démarche* teórica que realicé consistió, esencialmente, en rechazar la línea tradicional del análisis del subdesarrollo, mediante la cual éste se hacía a través de un conjunto de indicadores que, a su vez, servían para definirlo; el resultado no era simplemente descriptivo, sino tautológico. Así, un país sería subdesarrollado porque sus indicadores relativos al ingreso *per capita*, a la escolaridad, a la nutrición, etc., correspondían a cierto nivel de una escala determinada y esos indicadores se ubicaban en ese nivel porque el país era subdesarrollado. Tratando de ir allende ese planteamiento engañoso, la CEPAL avanzara poco, quedando, como elemento válido de su elaboración, la crítica a la teoría clásica del comercio internacional y la constatación de las transferencias de valor que la división internacional del trabajo propicia, en detrimento de la economía latinoamericana.

En vez de seguir ese razonamiento y fiel a mi principio de que el subdesarrollo es la otra cara del desarrollo, yo analizaba en qué condiciones América Latina se había integrado al mercado mundial y cómo esa integración: a) funcionara para la economía capitalista mundial y b) alterara la economía latinoamericana. La economía exportadora, que surge a mediados del siglo XIX en los países pioneros (Chile y Brasil), generalizándose después, aparecía, en esa perspectiva, como el proceso y el resultado de una transición al capitalismo y como la forma que asume ese capitalismo, en el marco de una determinada división internacional del trabajo. Considerado eso, las transferencias de valor que de ahí advenían no podían ser vistas como una anomalía o un obstáculo, sino más bien una consecuencia de la legalidad propia del mercado mundial y como un estímulo al desarrollo de la producción capitalista latinoamericana, con base en dos premisas: abundancia de recursos naturales y superexplotación del trabajo (la cual suponía abundancia de mano de obra). La primera premisa daba como resultado la monoproducción; la segunda, los indicadores propios de las economías subdesarrolladas. La industrialización, llevada a cabo posteriormente, estaría determinada por las relaciones de producción internas y externas, conformadas con base en esas premisas. Resuelta así, según mi entender, la cuestión fundamental, es decir, el modo como el capitalismo afectaba el eje de la economía latinoamericana -la formación de la plusvalía— yo pasaba a preocuparme con la transformación de ésta en ganancia y con las especificidades que esa metamorfosis encerraba. Algunas indicaciones relativas al punto a que llegó mi investigación se encuentran contenidas en el texto y en otros trabajos escritos en esa época, pero yo sólo solucionaría realmente el problema algunos años después, en México.

Lanzado a la luz, mi ensayo provocó reacciones inmediatas. La primera crítica vino de Fernando Henrique Cardoso, mediante una comunicación hecha al Congreso Latinoamericano de Sociología (donde yo recién había presentado mi texto completo), que se realizó en Santiago, en 1972, y que fue publicada en la *Revista Latinoamericana*

de Ciencias Sociales. Defendiendo con celo la posición que conquistara en las ciencias sociales latinoamericanas y que él creía, al parecer, amenazada por la divulgación de mi texto, y refiriéndose aún al artículo que había salido en *Sociedad y Desarrollo*, que no incluía el análisis del proceso de industrialización, la crítica de Cardoso inauguró la serie de sesgos y malentendidos que se desarrolló sobre mi ensayo, confundiendo superexplotación del trabajo con plusvalía absoluta y atribuyéndome la falsa tesis de que el desarrollo capitalista latinoamericano excluye el aumento de la productividad. Respondí a esos equívocos en el *post-scriptum* que _bajo el título de *En torno a la dialéctica de la dependencia*- escribí para la edición mexicana de 1973.

Pero si las reacciones contrarias a mi ensayo no se hicieron esperar, el interés y el apoyo tampoco. Sea a través de la versión incompleta de la revista, sea de la edición mimeografiada, él obtuvo una gran difusión en Chile y en el exterior —para lo que ayudó el flujo constante de visitantes que se dirigían al CESO. Muy temprano me percaté que no podría mantener el trabajo sin publicar, como era mi intención inicial, preocupado como estaba por concluir la investigación que el texto apenas anunciaba. En septiembre de 1972, habiendo viajado a México para participar de los cursos de verano promovidos por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, de la UNAM, me encontré con el hecho de que el ensayo ya era objeto de seminarios y grupos de estudios, constituyéndose inclusive en tema de la interesante tesis de licenciatura en economía, de Raimundo Arroio Júnior y Roberto Cabral Bowling, *El proceso de industrialización en México, 1940-1950. Un modelo de superexplotación de la fuerza de trabajo*, defendida en 1974.

Urgido por Neus Espresate, copropietaria de la editora ERA y vieja amiga, a autorizar su publicación, me pareció mejor ceder, aunque, dado el clima polémico que lo rodeaba, me pareciera necesario hacer un prefacio. Éste terminó convertido en posfacio, donde procuré aclarar las razones del método adoptado (que, al partir de la circulación para la producción, de ahí regresando a la circulación, me valió el apodo de "circulacionista"), justificar el uso de categorías marxistas en el análisis de una formación capitalista aún en gestación y disipar las confusiones surgidas sobre la noción de superexplotación del trabajo, además de adelantar algunas consideraciones sobre la tendencia de la economía dependiente a bloquear la transferencia de los aumentos de productividad a los precios, fijando como plusvalía extraordinaria lo que podría venir a ser plusvalía relativa.

Además de las ediciones portuguesas (Centelha, 1976, y Ulmeiro, 1981), la edición mexicana, publicada en 1973, es la única que incluye ese posfacio, siendo también una de las raras publicaciones autorizadas de mi ensayo. Efectivamente, como yo temía, las ediciones piratas se sucedieron, en Francia, en Argentina, en España, en Portugal. Autoricé, también, la edición alemana, incluida en un *reading* organizado por Diemar Rengas, que fue publicado en 1974, y la traducción holandesa de dicho *reading*, de 1976. Por lo que supe, el contrato firmado con una editora japonesa no fructificó.

La divulgación internacional de *Dialéctica de la dependencia* se debió, en parte, a que presenté el texto como *paper* en la Conferencia Afro-Latinoamericana, que reunió, en Dakar, en septiembre de 1972 -por iniciativa del Instituto de Desarrollo Económico y Planificación (IDEP), órgano de la ONU dirigido por Samir Amin- estudiosos de los dos continentes, así como de Europa. En el viaje de regreso, pasé por Italia donde, en el Instituto de Estudios de la Sociedad Contemporánea (ISSOCO), dirigido por Lelio Basso, participé en un seminario sobre América Latina. De ahí resultó un texto de cierto

interés, "La acumulación capitalista dependiente y la superexplotación del trabajo", que tuvo sólo una edición mimeografiada en el CESO pero que circula, aún hoy, en círculos estudiantiles y de investigación de la UNAM y otras instituciones de enseñanza mexicanas. En mi estadía en Italia, pude dialogar intensamente con un gran número de intelectuales disidentes del Partido Comunista Italiano, entre ellos Rossana Rossanda, Lucio Magri, Giovanni Arrighi y Luciana Castellini.

Mi resistencia en publicar *Dialéctica de la dependencia* se debía a la conciencia que tenía de que el texto era insuficiente para dar cuenta del estado de mis investigaciones y a mi deseo de desarrollarlo. Esa resistencia fue vencida, en parte, como señalé, por la dificultad que tuve para impedir su difusión y, en parte, porque el avance del proceso chileno me convocaba de modo creciente a una participación más activa, obstaculizando mi concentración en las cuestiones teóricas generales que me preocupaban. A partir de fines de 1971, asumí responsabilidades políticas cada vez mayores, que terminaron absorbiéndome.

Una de las cuestiones candentes que se planteaban en el Chile de entonces era la de la unidad de la izquierda, debido a los problemas suscitados por la oposición UP x MIR. Juntamente con compañeros socialistas y comunistas -entre los cuales Marta Harnecker, alma de la iniciativa, Theotonio, Alberto Martínez y Pío García- participé en la creación y dirección de la revista *Chile Hoy*, cuyo objetivo era construir un espacio adecuado para el diálogo entre las corrientes de izquierda, y en la cual colaboré regularmente hasta el golpe militar.

A principios de 1973, tuvo lugar, por iniciativa del CEREN y en colaboración con el CESO, un simposio sobre la transición al socialismo, en el que participaron intelectuales de izquierda de todo el mundo, destacándose Paul Sweezy, Rossana Rossanda, Lelio Basso, Michel Gutelman, además de los participantes locales. Presenté un *paper* titulado "¿Transición o revolución?" (que fue publicado, sin autorización, en la revista *Pasado y Presente*, de Buenos Aires, con su título alternativo: "La pequeña burguesía y el problema del poder"), en el cual yo analizaba el carácter de clase del gobierno de la Unidad Popular; además comenté el *paper* de Gutelman e intervine respecto al presentado por Basso (de ahí resultando un artículo polémico, "Reforma y revolución: las dos lógicas de Lelio Basso", publicado en *Sociedad y Desarrollo*). Los materiales del simposio se reunieron en el libro *Transición al socialismo y experiencia chilena*, de Prensa Latinoamericana, inclusive mi *paper*, el comentario a Gutelman ("La reforma agraria en América Latina") y mi crítica a Basso. Después del golpe de 1973, el libro difícilmente pudo ser encontrado. Sin embargo, muchos materiales, inclusive los textos sobre Gutelman y Basso, fueron publicados de nuevo en Buenos Aires, en el año siguiente, bajo el título *Acercas de la transición al socialismo*, además de ser reproducidos en diversas publicaciones, en Colombia y en México.

Aún en 1973, bajo mi dirección, apareció el primer número de la revista *Marxismo y Revolución*, cuyo segundo número, ya editado, fue destruido en la imprenta, en los días posteriores al golpe. El que llegó a circular contenía dos trabajos míos sobre Chile. Uno era "El desarrollo industrial dependiente y la crisis del sistema de dominación", en el que, a partir del movimiento económico y, en particular, de la distribución de la plusvalía, yo analizaba la escisión de la burguesía chilena que, expresándose en la campaña electoral de 1970, abriera el camino a la Unidad Popular; ese trabajo, que consideraba algunos de los progresos que yo hiciera en mis investigaciones sobre la

plusvalía extraordinaria, había sido escrito y divulgado entre la izquierda antes del trabajo que yo presentara en el simposio CEREN-CESO y, desde un punto de vista lógico, lo precedía. El otro artículo, "La política económica de la vía chilena", escrito en colaboración con Cristián Sepúlveda, examinaba las motivaciones de clase de la política económica de la UP y sus implicaciones; en realidad, se destinaba a cubrir la publicación de un texto que yo no había escrito para publicación y que, lleno de deficiencias, había aparecido, sin mi autorización, en *Critiques de l'économie politique*, revista editada por Maspero (que, incorregible, pirateó también *Dialéctica de la dependencia*).

Esos tres ensayos constituían un análisis más o menos estructurado sobre las causas y la actuación del gobierno de la Unidad Popular. Ellos forman el núcleo del libro que, en 1976, publiqué en México -*El reformismo y la contrarrevolución. Estudios sobre Chile*-, el cual, además de una selección de los artículos más coyunturales escritos para *Chile Hoy*, reunían dos otros ensayos, ambos de 1974. Uno de ellos examinaba la crisis y la caída del gobierno de la UP, habiendo aparecido, en versión preliminar, escrita en Panamá, en una publicación de NACLA, bajo el título "Chile: The Political Economy of Military Fascism", y que fue reeditado, en versión definitiva, en México, bajo la denominación de "Economía política de un golpe militar".

Ese cambio de título no había sido aleatorio. Después de haber manejado, inicialmente, la noción de "fascismo militar", terminé descartándola, convencido de que la caracterización de la contrarrevolución chilena (y latinoamericana, en general) como fascista ocultaba la naturaleza real del proceso y tendía a justificar la formación de frentes amplios, en el cual la burguesía tendía a asumir un papel hegemónico. En aquel entonces, aún parecía posible luchar por una política de alianzas que no implicara la subordinación de las fuerzas populares a la burguesía, ya que la izquierda aún detentaba, localizadamente, una capacidad de acción en América Latina y estaba en ascenso en Europa Occidental, en África y en Asia. Las derrotas que después ella sufrió en Europa y en los países latinoamericanos, llevaron el triunfo de la fórmula del frente amplio bajo la hegemonía burguesa, que presidió la redemocratización latinoamericana de la década de 1980, excepto en América Central, donde prevaleció el esquema de alianzas que yo propugnaba. Conviene notar que, aún en Chile -como lo demuestra uno de los artículos publicados en *Chile Hoy* e incluido en el libro- me parecía que, independientemente de los rasgos fascistas que presentaba la movilización de la derecha, no existían condiciones para un verdadero régimen fascista. Esa discusión continuó a lo largo de la década de 1970, llevándome a elaborar el concepto de Estado de contrainsurgencia y, cuando ya se podía vislumbrar el proceso de redemocratización, el de Estado del cuarto poder.

Otro ensayo del libro que es posterior al golpe, "Dos estrategias en el proceso chileno", constituye, después del trabajo de 1967 sobre América Latina, uno de mis textos más divulgados, sin duda por la fase favorable que aún vivía la izquierda y por el interés que despertaba el caso chileno. Escrito para el número inicial de *Cuadernos Políticos*, del cual hablaré más adelante, fue publicado, primero, en *Temps Modernes*, siendo después objeto de diversas reediciones, aisladas o en revistas y periódicos latinoamericanos y europeos. La finalidad del artículo era la de -en contraposición a la falsa tesis que la mayoría de la izquierda chilena difundiera en el exterior, descargando sobre el MIR la responsabilidad del golpe- analizar las dos estrategias de la izquierda, durante el gobierno de la Unidad Popular, y mostrar de que manera la tensión entre la

movilización popular que éste indujera -dando, inclusive, origen a los órganos de poder popular— y la dinámica propia del Estado burgués, respaldada por la mayoría de la UP, acabara por conducir el proceso a un punto de ruptura. En ese contexto, MIR y PC, aunque constituyeran los centros de elaboración teórica y de conducción política más influyentes en sus respectivos campos, polarizando a su alrededor de las demás fuerzas de la izquierda, no habían actuado aisladamente, además de que sólo se podría explicar su actuación en función del desarrollo de la lucha de clases; la responsabilidad del golpe le tocaba, sin embargo, al imperialismo estadounidense y a la burguesía chilena, y sólo se podía criticar al MIR y al PC por los errores que habían tenido en la implementación de sus respectivas estrategias.

De mi producción, en ese período, todavía es necesario mencionar tres trabajos. El primero, centrado en la reflexión sobre lo que ocurría a mi alrededor, es el prefacio al libro de Vania Bambirra, *La revolución cubana: una reinterpretación*, editado en 1973 (y, con la desaparición de la edición, requisada en su mayor parte en la imprenta, reeditado en México, en 1974). Nacido al calor de los debates que se trababan en Chile sobre la cuestión, su propósito era contribuir a la caracterización del problema del poder en Cuba, lo que me llevaba a reelaborar los conceptos de revolución democrática y de revolución socialista -tema crucial en las discusiones marxistas en general y, en Chile de entonces, en particular- y buscar establecer entre ellos nuevas relaciones.

Los otros dos trabajos se referían a Brasil, insertándose en el contexto de la vida política que mantenían, en Santiago, los núcleos de exiliados. "La izquierda revolucionaria brasileña y las nuevas condiciones de la lucha de clases" retoma el análisis de la actuación de la izquierda, que yo iniciara en el último capítulo de *Subdesarrollo y revolución*. Pero con una diferencia. *Vanguardia y clase* había sido escrito en 1969, cuando la lucha armada mal empezaba y la intelectualidad de izquierda, por seguir la corriente o por miedo, la aplaudía o, en la mejor de las hipótesis, se callaba; yo me sentía, por lo tanto, no sólo en libertad, sino inclusive en el deber de criticar las concepciones y la práctica de la izquierda armada, alertándola para lo que podría suceder. En 1971, sin embargo, cuando escribo el segundo ensayo, ya era evidente el fracaso del cometido y, de todos lados, llovían las críticas a la izquierda armada, lo que me llevó a reivindicarla _aunque sin renunciar al análisis de su desempeño. Ese ensayo fue destinado a la antología organizada por Vania Bambirra y publicada por Prensa Latinoamericana, en aquel año, bajo el título de *Diez años de insurrección en América Latina*; excluyendo Vania, Moisés Moleiro y yo, los autores -todos ellos, intelectuales conocidos—prefirieron firmar sus textos con seudónimo, hecho comprensible si se consideran las condiciones políticas que reinaban en la mayoría de los países latinoamericanos. El golpe de 1973 hizo del libro una rareza, y de él se quedó solamente la edición italiana de Mazzota, de Milán, publicada en 1973, con el título *L'esperienza rivoluzionaria latinoamericana*; sin embargo, mi ensayo fue incluido -con el título "Lucha armada y lucha de clases"- en la 5ª edición revisada y ampliada de *Subdesarrollo y revolución*, de 1974.

El otro trabajo, escrito a fines de 1971 o principios de 1972, fue resultado de mi intervención en un seminario político de la izquierda brasileña, en Santiago, y fue publicado, primero, en *Monthly Review*, bajo el título "Brazilian Sub-Imperialism", publicándose también en las ediciones de esa revista en italiano y en español (esta última impresa ahora en Bogotá), así como en la revista mexicana *Síntesis*. En este ensayo, yo examinaba la política económica de la dictadura y precisaba lo que, a mi

manera de ver, constituía, para ella, limitaciones objetivas: la estrechez del mercado interno, la superexplotación del trabajo y las posibilidades del Estado como promotor de inversión y de demanda. En un plan más general, mostraba las dificultades que Estados Unidos creaba para la implementación de la política subimperialista e indicaba la conveniencia de distinguir, en su evolución, dos períodos, que tenían 1968 como parte aguas; por otro lado, el ensayo evidenciaba, por primera vez, el papel de las transferencias de ingreso para la clase media, a partir de ese año, con la finalidad de mitigar la estrechez del mercado interno; esas dos proposiciones sirvieron de insumo explícito o implícito para elaboraciones de otros autores sobre la economía y la política externa brasileña. El ensayo también fue incorporado, con el mismo título, a la 5ª edición de *Subdesarrollo y revolución*.

Mi exilio chileno correspondió, así, a mi llegada a la madurez, en el plan intelectual y político. Los acontecimientos que marcaron su fin -el golpe militar del 11 de septiembre, la experiencia del terrorismo de Estado en su más alto grado, los días pasados en la embajada de Panamá, donde cerca de 200 personas hacían un esfuerzo disciplinado y solidario para coexistir en un pequeño departamento, bajo el ruido de bombas y tiroteos— fueron vividos con naturalidad, como contingencias de un proceso cuyo significado histórico estaba perfectamente claro para mí. A mediados de octubre de 1973, una vez más sin cualquier documento, viajé para Panamá.

(Fin de la primera parte)

Notas

*Archivo de Ruy Mauro Marini. Tomado de <http://www.marini.-escritos.unam.mx>. Traducción de Claudio Colombani.

**Sociólogo brasileño precursor de la teoría de la dependencia.